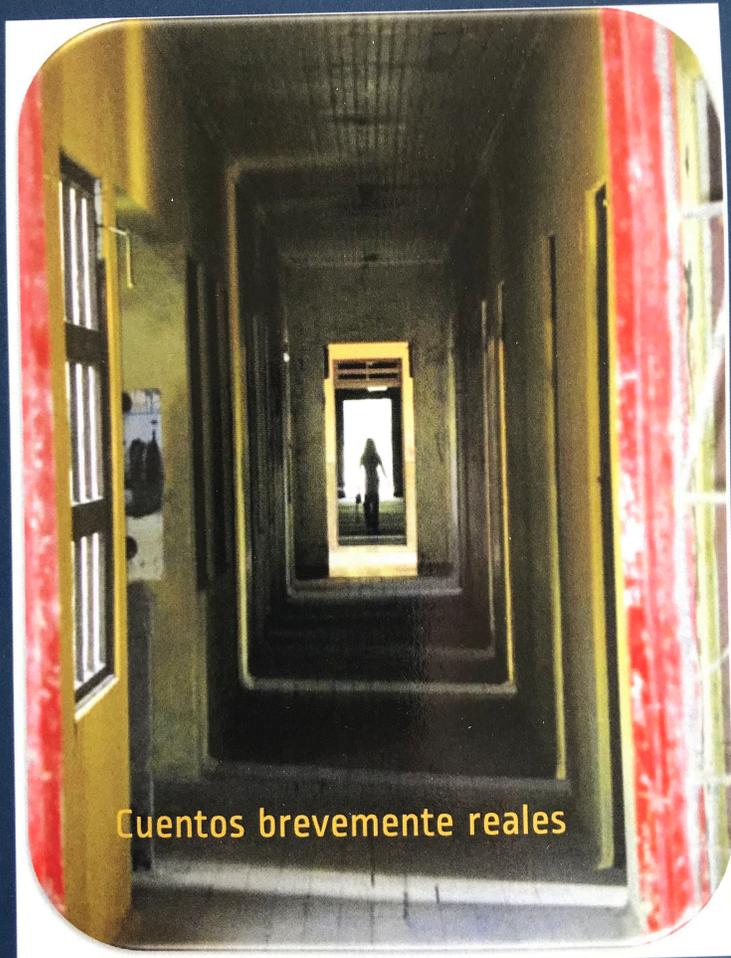


Fragmentos de: **“Con la vida y la muerte como testigos”**
Autor: Rogelio Ramírez Cartín
ISBN: 9781070835709

Con la vida y la muerte como testigos



Cuentos brevemente reales

Rogelio Ramírez Cartín

II

¿Muerto, yo?

¡Se equivocan! Hoy he despertado como todos los días, luego de un sueño atribulado, al que he caído sin darme cuenta mientras pensaba en lo acontecido durante la jornada ya vivida; he corrido a la ducha, sin verme al espejo y sin haber sentido el agua que limpió mi piel, tomé el desayuno, ausente de lo ingerido. He tomado el autobús, sin recordar el sabor exacto de la despedida. Caminé al trabajo, sin haberme percatado del sencillo viaje previo, sin haber cerrado los ojos para sentir el camino o escuchar el barullo único del amanecer.

Hice cuanto pude durante las labores, aunque quizá no hice lo que quise, y por tanto tampoco lo que debía. Trabajé hasta la noche, quizá sin sentir la vitalidad de mi cuerpo y la perfección del engranaje en mis órganos; quizá no me vi en las otras personas, ni me encomendé a mí, en los momentos de angustia. Tal vez me sentí solo entre tantos, y me refugié en distracciones. Tal vez huí del amor y evité la felicidad.

¿Muerto? ¡Claro que no! Estoy vivo y sé adónde quiero llegar. Aunque quizá he obviado el camino o he deseado que sea tan corto como para no sentirlo pasar. Cada día he deseado conseguir determinadas cosas, alcanzar ciertos objetivos, lograr algunas metas, pero, eso sí, una vez que con premura llegué a ellas, la insatisfacción me asoló y me dijo que no era suficiente.

¡Estoy vivo! Hablo, camino, trabajo, me alimento, duermo, sueño y despierto. Aunque, ciertamente, no escucho lo que hablo, no me percató del camino, la pasión se distancia del trabajo, no tributo mi paladar, me provocó el sueño sin conseguir descansar, y despierto... para volver a empezar.

¿Muerto? Quizá. Porque ni siquiera entiendo que la muerte no es el final, ni debe ser trágica o dolorosa, sino un eslabón en la eternidad, una liberación, un nuevo estado de vida.

¿Muerto? No, creo que no, porque ni la muerte ha de estar tan vacía.

No vivir es no ser, y no ser, es la brutal desaparición de la energía. No ser es temer, odiar, huir. No ser es no vivir... y no vivir, es el mayor desprecio a un regalo divino.

¿Vivo? ¿Yo? Lamentablemente, no.

III

Corrió tan veloz como pudo, volando en zancadas y exigiendo los músculos de sus piernas como nunca antes lo había hecho. Hasta las nubes parecían apresurarlo.

De muy extraña manera, su vertiginosa velocidad no le impedía percatarse de cada hierba que pisaba, cada roca que sorteaba, cada flor que a la vera del camino flanqueaba su recorrido tendiéndole saludos de aroma. Detallaba sin esfuerzo toda la variedad animal que pululaba en el suelo, en el aire, en las plantas y hasta en su propia piel, que era transitada por temerarios insectillos. Todo le parecía maravilloso y conmovedor. Ahora le amanecían las obviedades como días nuevos.

Su prisa estaba justificada, pues le esperaban sin saberlo, los brazos frágiles y cálidos de sus hijos, que siempre le habían dotado de vida y le fecundaban la esperanza cuando la infertilidad asomaba entre montañas de tristeza. Sabía, sin duda alguna, que la existencia residía en el brillo de sus curiosos ojos, y que los milagros ocurrían con tan solo asomarse a ellos.

Con insólita facilidad podía cavilar en todo ello sin dejar de correr y a la vez admirar con detenimiento los colores del camino, podía al mismo tiempo percibir las texturas de lo visible y degustar lo invisible. La experiencia le parecía única, extraña, alucinante, lenta e inolvidable.

Corría porque la mujer que lo amaba también lo aguardaría con un manjar de sonrisas sinceras, con postre de bienvenida en las pupilas, y la siesta de observación sin parpadeos con que digerirían el mutuo festín de afecto.

Pensaba en su casa, su refugio con olor a regazo, que atesoraba memorias. Corría para verla también a ella y decirle cuan agradecido estaba por socorrerle del frío, por abrigar a su

familia y cobijar con discreción las confidencias, por amplificar las oraciones y erigirse como una suerte de patria. La casa –pensaba- tiene partes de mí, y por tanto, puedo llamarle mi hogar.

Cuánto amor para dar, cuánto había ahora para decir y sentir. Cuán rebotante su corazón, que apretujaba su pecho, presto a la erupción de abrazos y bendiciones hacia todo y para todos. Por eso corría de tal forma, claro, porque el amor redundaba en omnipotencia.

Amaba el viento y se lo dijo, amaba la lluvia que le hizo brillante el camino, amaba su cuerpo que obedecía su premura y le desgranaba las distancias. Amaba el aire, que hoy, ciertamente, le sabía diferente. Amaba a todos, quien quiera que fuesen, amaba el tiempo y el collar de instantes que le regalaba.

Pensó en cuánto apreciaba el libro de su historia, con miles de páginas escritas y millones más aún en blanco. El libro de su vida, abierto y con pluma lista, al lado de muchos otros libros - su esposa, sus hijos, amigos, vecinos- en los que podía trazar notas al pie.

En este momento corría con urgencia implacable, usurpado hasta el alma por una amalgama de susto y algarabía, habitado por una inexplicable sensación de sorpresa y una indescriptible liviandad. Ahora casi volaba, sin medir el recorrido, sin tropezar, sin obstáculos a la vista.

Sus hijos, su esposa, los abrazos, la indescriptible dicha, el calor de las lágrimas.

Corría o quizá volaba, no importaba, porque lo hacía sin poder moverse mientras exhalaba bajo los escombros de su vehículo, volcado hacía apenas minutos.

Que solitario está quien agoniza -balbuceó antes de morir-.